

que ignoran la edad del macho, se mostraron dóciles á los deseos seniles. Aparecían las criadas de los patriarcas cantadas por la Biblia, Agar, Ruth, las hijas de Loth, la morena Abigail, la virgen de Sunnam que, con sus caricias reanimaba á David agonizante, y todas las demás jóvenes, gordas, blancas, patricias ó plebeyas, irresponsables hembras de un dueño, carne de esclava sumisa, deslumbrada ó pagada.

Le pregunté:

—¿Qué hiciste?

Me contestó sencillamente:

—Me marché y aquí estoy.

Entonces permanecimos mucho rato uno junto á otro, sin hablar, reflexionando...

Guardo de aquella noche una impresión indeleble. Todo lo que había visto, sentido, oído, adivinado, la pesca, el pulpo y aquella narración lastimosa, entre fantasmas blancos de las azoteasvecinas, todo parecía expreso para producir una impresión única. Ciertos encuentros, ciertos acontecimientos, contienen, á punto fijo, aun cuando nadie ó muy pocos lo noten, mayores enseñanzas, más ciencia de la vida que las que encierra una entera vida vulgar.

ALUMA

## ALUMA

---

### I

Me dijo uno de mis amigos: «Si por casualidad pasas por los alrededores de Bordj-Ebbaba, en tu viaje por Argelia, haz una visita á mi amigo Auballe, que es colono allí.»

Había olvidado los nombres de Auballe y de Ebbaba y no pensaba en el tal colono, cuando llegué á su casa por casualidad.

Desde un mes antes paseaba á pie por la región magnífica que se extiende de Argel á Cherchell, Orleansville y Tiaret. Es á un tiempo amplia é íntima, desolada y llena de verdura. Entre dos montañas pedradas aparecen á veces bosques espesos de pinos, cortados por cañadas que se convierten en torrentes en invierno. Troncos caídos sirven de puente á los

árabes y de agarradero á las lianas que prestan nueva vida á los árboles muertos. En los rincones de los montes hay simas de una belleza aterradora y orillas de arroyuelos cubiertas de adelfas de una gracia inexplicable.

Pero los recuerdos más agradables de esas excursiones los debo á las marchas realizadas durante las primeras horas de la tarde á lo largo de los caminos sombreados que van por la cresta de las colinas, desde donde se descubre un panorama inmenso que abarca desde el mar hasta la cordillera de Uarsenis, que soporta el bosque de cedros de Teniet-el-Haad.

Un día perdí el camino. Acababa de llegar á una cima desde donde vi la larga llanura de Mitidja, y más á lo lejos el extraño monumento que llaman la Tumba de la Cristiana, que es, según dicen, la sepultura de una familia de reyes de la Mauritania. Bajé, dirigiéndome al sur, descubriendo una región ondulada y agreste. A veces, entre aquellos otros se elevaba otro mayor, parecido á una monstruosa jiba de camello.

Andaba con rapidez y ligereza como sucede siempre que se sigue los atajos tortuosos de la ladera de una montaña. Nada pesa en aquellos senderos altos,

ni el aire, ni el cuerpo, ni el corazón, ni las penas. Aquel día no me atormentaba ningún pensamiento, y me entregaba con alborozo á las galas de la naturaleza. A lo lejos veía tiendas árabes, pardas, puntiagudas, pegadas al suelo como los mariscos á las rocas, y *gurbis*, barracas de ramas, de las que salía una humareda gris. Formas blancas, hombres ó mujeres, andaban lentamente y las esquilas de los rebaños tintineaban vagamente por la atmósfera clara.

Los granados me ofrecían sus frutos de púrpura, que caían al suelo. Parecían árboles mártires de los que se escapaba un sudor sangriento, pues al final de cada rama pendía un grano rojo como una gota de sangre.

El suelo estaba cubierto de esa lluvia sangrienta, y los pies, aplastando los granos, dejaba en tierra huellas del crimen.

Todos los valles se llenaban ahora de un vapor dorado, que ascendía lentamente, y sobre la cordillera de montes que cerraba el horizonte, por el lado del Sahara, fulguraba un cielo sin par. Anchas fajas de oro alternaban con fajas rojas ¡sangre y oro! ¡la historia del hombre!—y entre ellas aparecía un trozo de un azul verdoso, lejano como las visiones de un ensueño.

—¡Ah! ¡Cuán lejos estaba de todas las cosas y de todos los hombres de que se habla en los bulevares! ¡Cuán lejos de mí mismo, convertido en una especie de sér errante, sin conciencia y sin pensamiento; ojos que ven, miran y gustan de mirar, lejos también de mi camino, del que no me acordaba siquiera, pues al acercarse la noche noté que me había perdido!

La sombra caía sobre la tierra como un chaparrón de tinieblas, y no descubría ante mí más que las montañas interminables. Vi unas tiendas en un valle y traté de hacer comprender al primer árabe con quien topé la dirección que buscaba.

¿Me comprendió? No lo sé; habló mucho rato y no le entendí ni una sílaba. Desesperado iba á pasar la noche envuelto en una alfombra, junto al campamento, cuando creí oír, entre las palabras que decía, un nombre conocido: Bordj-Ebbaba.

Yo repetí:

—¿Bordj-Ebbaba?

—Sí, sí.

Le enseñé dos francos, una fortuna. Echó á andar. Le seguí. Seguí mucho rato, á través de las sombras, aquel pálido fantasma que corría delante de mí por los senderos pedregosos, que me hacían tropezar á cada paso.

De pronto brilló una luz. Llegábamos ante la puerta de una casa blanca, una especie de fortín de paredes rectas y sin aberturas exteriores. Llamé y me contestaron los ladridos furiosos de varios perros. Una voz preguntó en francés: «¿Quién va?»

Yo pregunté:

—¿Vive aquí el señor Auballe?

—Sí.

Me abrieron. Estaba delante del mismo Auballe, un mocetón rubio, con la pipa en la boca, que parecía un hércules bonachón.

Me nombré. Me tendió ambas manos y dijo:

—Está usted en su casa, caballero.

Quince minutos después comía con gran apetito delante de mi huésped, que continuaba fumando.

Sabía su historia. Después de haber gastado mucho dinero con las mujeres, había colocado el resto en tierras argelinas y plantado viñas.

Los viñedos daban buen resultado y tenía, en efecto, la expresión tranquila de un hombre satisfecho. No comprendía como aquel parisién, aquel calaverón hubiese podido acostumbrarse á aquella vida monótona, en aquella soledad. Le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Nueve años.

*Miss Harriet—7*

—¿Y no siente usted una tristeza atroz?

—No; se acostumbra uno á este país y acaba por gustarle. No puede usted imaginar como se apodera de la gente por una serie de instintos que alienan en nosotros y que desconocemos antes de vivir aquí. Nos conquista primero por nuestros sentidos. El aire y el clima conquistan nuestro cuerpo, á pesar nuestro, y la luz alegre que lo inunda mantiene el alma contenta. Esa luz penetra á torrentes por los ojos y se diría que lava los rincones sombríos del espíritu.

—¿Y las mujeres?

—¡Ah!... no abundan.

—¿De modo que alguna hay?...

—Sí, alguna. Porque siempre se encuentra, aun entre las tribus, indígenas complacientes que piensan en las noches del rumí.

Se volvió hacia el árabe que me servía, un mozo moreno cuyos ojos brillaban bajo el turbán, y le dijo:

—Vete, Mohammed; ya te llamaré si te necesito.

Y luego á mí:

—Entiende el francés y voy á contarle una historia en la que juega un gran papel.

Una vez hubo salido el árabe, empezó así:

—Hacía unos cuatro años que estaba aquí, no bien acostumbrado todavía á este país, del que principiaba á balbucear la lengua, y obligado, para no romper del todo con unas pasiones que tan fatales me fueron en otro tiempo, á hacer de cuando en cuando, un viaje á Argel.

Había comprado esta granja, este bordj, antiguo fortín situado cerca del campamento indigena cuyos hombres empleo para las labores de mis viñas. En esta tribu, que es una sub-división de los Oulad-Taadja, escogí, al llegar, un muchacho para servirme, Mohammed ben Lam'har, el criado que acaba usted de ver, y que pronto se mostró muy fiel. Como no quería dormir en una casa, por no estar acostumbrado á ello, plantó la tienda junto á la puerta, para que pudiese llamarle desde la ventana.

Supongo que adivina usted cuál era mi vida. Durante el día cuidaba de las labores, cazaba á veces, comía de cuando en cuando con los oficiales de los destacamentos más próximos ó les invitaba á mi mesa.

Por lo que hace á... los placeres, ya le he dicho que Argel me ofrecía los más refinados; y de vez en cuando un árabe complaciente y compasivo me de-

tenía en mitad de mi paseo para proponerme una mujer de tribu, que pasaría la noche en mi casa. A veces aceptaba; generalmente no, por las molestias que podría originar.

Una noche, volviendo de dar un paseo, á principios de verano, necesitaba á Mohammed y entré en su tienda sin llamarle. Muchas veces me ocurría lo mismo.

En una de esas alfombras rojas de lana tupida de Djebel-Amur, blanda como un colchón, una mujer joven, casi desnuda, dormía con los brazos cruzados sobre los ojos. Su cuerpo blanco me pareció uno de los más hermosos ejemplares de la raza humana. Las mujeres son bellas en este país, altas y tienen gran armonía de facciones y líneas.

Un tanto confuso, dejé caer el lienzo de la tienda y me metí en casa.

Las mujeres me gustan. El relámpago de aquella visión me había abrasado, reanimando en mis venas el antiguo ardor que hace que esté aquí. Hacía calor, pues estábamos en Julio, y pasé casi toda la noche á la ventana mirando la mancha que formaba la tienda de mi criado.

Cuando al día siguiente entré en mi cuarto le miré á los ojos y bajó la mirada como un hombre

que se siente confuso ó culpable. ¿Adivinaba lo que yo había visto?

Le pregunté bruscamente:

—¿Te has casado, Mohammed?

—¡No, señor!

Le obligaba á hablar en francés y á darme lecciones de árabe, lo que producía á veces un lenguaje híbrido, muy incoherente.

Añadí:

—Entonces ¿por qué tienes una mujer en tu tienda?

—Es del Sur.

—¡Ahl! ¡Es del Sur! Pero esto no explica porque está en tu tienda.

Sin contestar á mi pregunta, dijo:

—Es muy linda.

—Sí. Bueno; pues otra vez, cuando recibas una mujer linda del Sur, hazla entrar en mi *gurbí* y no en el tuyo ¿estamos?

—Sí, señor—contestó con gran seriedad.

Confieso que durante todo el día permanecí bajo la emoción del recuerdo de aquella muchacha árabe tendida sobre una alfombra encarnada, y al volver á la hora de la comida me daban ganas de entrar en la tienda de Mohammed. Este cumplió su

servicio como de costumbre, y varias veces estuve tentado de preguntarle si pensaba guardar muchos días aquella señorita del Sur, que tan linda era.

A las nueve, aun encandilado por esa afición á las mujeres, que es tan tenaz en mí como el instinto de la caza en un lebre, salí para tomar el aire y dar una vuelta por cerca de la tienda, á través de la cual veía brillar una luz.

Luego me alejé para que Mohammed no me sorprendiera junto á su tienda.

Al volver una hora después, vi perfectamente el perfil de mi criado bajo la tela. Saqué la llave y me metí en mi bordj, donde dormían mi intendente, dos campesinos franceses y una vieja cocinera que traje una vez de Argel.

Subí la escalera y me sorprendió ver luz en mi cuarto. Abrí y vi sentada en una silla, junto á la mesa donde ardía una vela, una muchacha cuyo rostro parecía el de un ídolo, que parecía aguardarme con calma, adornada con todas las joyas de plata que las mujeres del Sur llevan en las piernas, brazos y garganta. Sus ojos, agrandados por el khol, me lanzaban una mirada viva. Sus brazos, cargados de ajorcas, descansaban en los muslos, tapados, como el resto del cuerpo, por una especie de gebba de seda escarlata.

Viéndome entrar se levantó y quedó ante mí, cubierta de sus joyas salvajes, en una actitud de altiva sumisión.

—¿Qué haces aquí?— le dije en árabe.

—Estoy aquí porque me han mandado venir.

—¿Quién?

—Mohammed.

—Bueno, siéntate.

Se sentó, bajó los ojos, y permaneció ante ella, examinándola.

La cara era rara, regular, fina y un tanto bestial; pero mística como la de un Budha. Los labios, gruesos y de un encarnado obscuro, indicaban una ligera mezcla de sangre negra por más que las manos y los brazos fueran de una blancura irreprochable.

Vacilaba acerca de lo que debía hacer, turbado, tentado y confuso. Para ganar tiempo y poder reflexionar, le hice varias preguntas acerca de su familia, de su presencia en este país, de sus relaciones con Mohammed. Pero sólo contestó á las que menos me interesaban y me fué imposible saber por qué había venido, con qué intención, desde cuándo, y lo que había pasado entre ella y mi criado.

Cuando iba á decirle: «Vuelve á la tienda de Mohammed,» lo adivinó quizá, porque se levantó bruscamente y, levantando los brazos, cruzó sus manos detrás de mi cuello, atrayéndome con una expresión de voluntad suplicante é irresistible.

Sus ojos, encendidos por el deseo de agradar, por esa necesidad de vencer al hombre que hace fascinadora como la de los felinos la mirada impura de las mujeres, me quitaban toda fuerza de resistencia y despertaban en mí un ardor impetuoso. Fué una lucha corta, sin palabras, violenta entre los ojos solos, la eterna lucha entre los dos brutos humanos, el macho y la hembra, en la que el macho queda siempre vencido.

Sus manos me atraían con presión cada vez más fuerte, irresistible, hacia la sonrisa bestial de sus labios rojos, donde de pronto pegué los míos enlazando aquel cuerpo casi desnudo y cargado de aros de plata que resonaron, desde el cuello á los pies, bajo mi abrazo.

Era nerviosa, ágil y sana como un animal, con movimientos y una especie de olor de gacela, que hicieron hallar en sus besos un sabor desconocido, extraño á mis sentidos como el gusto de una fruta de los trópicos.

Poco después... digo poco después y quizá fué á la madrugada, quise alejarla, pensando que se iría como había venido, y no pensando aún en lo que haría de ella ó en lo que ella haría de mí.

Pero apenas hubo comprendido mi intención, murmuró:

—Si me echas ¿dónde quieres que vaya ahora? Tendré que dormir en el suelo. Deja que me acueste en la alfombra, al pie de tu cama.

¿Qué podía contestar? ¿Qué podía hacer? Pensé que Mohammed miraba á su vez la ventana iluminada de mi habitación y dejé que se quedara.

—Bien, quédate, vamos á hablar.

En un momento tomé la resolución de guardar junto á mí á aquella muchacha que el azar echaba en mis brazos. Haría de ella una especie de amante esclava, oculta en mi casa como las mujeres de los harems. Cuando dejara de gustarme me desharía de ella de un modo ú otro, pues esas mujeres africanas nos pertenecen casi en cuerpo y alma.

Le dije:

—Quiero ser bueno contigo. Te trataré de modo que no seas desgraciada; pero quiero saber quién eres y de dónde vienes.

Comprendió que era necesario hablar y contó su



historia, ó mejor dicho, una historia, porque debió mentir desde el principio hasta el fin, como mienten los árabes: siempre y con motivo ó sin él.

Es uno de los aspectos más sorprendentes é incomprensibles del carácter indígena: la mentira. Esos hombres en quienes el islamismo ha encarnado hasta el punto de formar parte de ellos, de modelar sus instintos, hasta modificar la raza entera y á diferenciarla de las otras en lo moral, como un negro se diferencia del blanco por el color, son embusteros hasta el extremo de no poder fiar jamás en sus palabras. ¿Es culpa de su religión? Lo ignoro. Pero hay que haber vivido entre ellos para saber que la mentira forma parte de su sér, de su corazón, de su alma y se ha convertido para ellos en una segunda naturaleza, en una necesidad de la vida.

Me contó que era hija de un caid de los Uled Sidi Cheik y de una mujer arrebatada por él en una razzia contra los tuaregs. Aquella mujer debía tener sangre negra en las venas ó provenir de un primer cruce de árabe y negra.

Pero sólo era visible tal origen en el color púrpuro de los labios y en las fresas oscuras de sus pechos firmes y resistentes, como si tuviesen resor-

tes. Pero todo lo demás pertenecía á esa bella raza del Sur blanca, esbelta, cuyo rostro tiene líneas finas y rectas como la cabeza de una imagen india. Los ojos, muy separados, aumentaban aún la expresión mística de esa vagabunda del desierto.

De su existencia verdadera nada supe. Me la contó á trozos, por detalles incoherentes que brotaban de su memoria desordenada. Mezclaba á sus relatos observaciones deliciosamente pueriles, toda una visión del mundo nómada surgida de un cerebro de ardilla que ha saltado de tienda en tienda, de campamento en campamento, de tribu en tribu.

Y me contaba todo esto con expresión muy seria, con esa gravedad de los árabes, que tantas veces resulta cómica.

Cuando acabó advertí que no recordaba nada de tan larga historia llena de acontecimientos insignificantes, almacenados en su cabeza alocada, y me preguntaba á mí mismo si no se entretuvo en burlarse de mí con tal charla descosida, que nada en definitiva me explicaba de su existencia ni de la de los demás.

Y pensaba en ese pueblo vencido entre cuyos habitantes vivimos, del que empezamos á hablar la

lengua, que vemos de continuo á través de sus tiendas, al cual imponemos nuestras leyes, y del que no sabemos nada, absolutamente nada á pesar de que hace ya sesenta años que le estudiamos. Y lo propio que sucede con los árabes nómadas ocurre con los que habitan en las ciudades. La tela de las tiendas, las ramas del gurbi, la pared encalada de la casa, encierra hombres desconocidos para nosotros, misteriosos, sumisos, sonrientes, impenetrables.

A veces, mirando con mis gemelos el campamento cercano, adivino que tienen supersticiones y ceremonias que ignoramos, que no sospechamos siquiera. Quizá jamás un pueblo conquistado á viva fuerza ha sabido substraerse tan por completo á la dominación real, á la influencia moral y á la investigación tan sostenida como inútil de su vencedor.

Esta infranqueable y secreta barrera que la naturaleza ha levantado entre las razas, la sentía de pronto entre esa muchacha y yo, entre esa mujer que acababa de entregar su cuerpo á mis caricias y yo que la había poseído.

Le pregunté pensando en ello:

—¿Cómo te llamas?

Había estado unos minutos sin hablar y la vi estremecerse como si hubiese olvidado que yo estaba junto á ella. Entonces adiviné en sus ojos que me miraba, que aquel breve espacio había bastado para que se apoderase de ella un sueño brusco é irresistible, casi fulmíneo, como todo lo que se apodera de los sentidos de las mujeres.

Contestó perezosamente, conteniendo un bostezo:

—Atuma.

Añadí:

—¿Tienes sueño?

—Sí.

—¡Duerme!

Se tendió tranquilamente á mi lado, de bruces, con la frente descansando sobre sus brazos cruzados, y casi en seguida sentí que su pensamiento alocado de salvaje se había extinguido en el descanso.

Yo empecé á reflexionar. ¿Por qué me la cedía Mohammed? ¿Había obrado á fuer de servidor magnánimo cediéndome la mujer que para él conquistara, ó bien obedeció á un pensamiento más complejo, más práctico y menos generoso echando en mi cama aquella mujer que me había gustado? El

árabe, en materia de mujeres, tiene todos los pudores y todas las complacencias, así es que tampoco hay modo de entender su moral. Quizá al entrar en su tienda no hice más que descubrir una mujer que aquel criado previsor me destinaba.

A fuerza de pensar me cansé y poco á poco quedé dormido.

Me despertó el chirrido de la puerta; Mohammed entraba, como cada mañana, para despertarme. Abrió la ventana, por la que entró un chorro de luz que alumbró el cuerpo de Aluma, que aun dormía; luego recogió el pantalón, el chaleco y la chaqueta para cepillarlos. No dirigió ni una mirada á la mujer que estaba tendida á mi lado, como si no advirtiera que estaba allí, y tenía el mismo aspecto, igual gravedad que de costumbre. Pero la luz, el movimiento, el ligero ruido de pasos del criado, la sensación del aire en su piel y en sus pulmones, sacaron á Aluma de su modorra. Estiró los brazos, se volvió, abrió los ojos, me miró, miró á Mohammed con igual indiferencia y se sentó. Luego dijo:

—Tengo apetito.

—¿Qué quieres comer?—le pregunté.

—Kahuá.

—¿Café y pan con manteca?

—Sí.

Mohammed, cerca de la cama, con mi traje en el brazo, esperaba órdenes.

—Trae almuerzo para Aluma y para mí, le dije.

Y salió sin que su cara revelase el menor asombro ó la más leve contrariedad.

Cuando hubo salido pregunté á la joven mora:

—¿Quieres vivir conmigo?

—Sí.

—Te daré una habitación para ti sola y una mujer para servirte.

—Eres generoso y te doy gracias.

—Pero si no te portas bien te arrojaré de aquí.

—Haré lo que de mí exijas.

Me tomó la mano y me la besó en señal de sumisión.

Mohammed entraba el almuerzo en una bandeja.

Le dije:

—Aluma se queda en casa. Pon alfombras en la habitación del final del corredor y haz venir, para servirla, la mujer de Abd-el-Kader-el-Hadara.

—Sí, señor.

Y no hubo más.

Una hora después mi linda árabe estaba instalada en un gran cuarto claro, y al entrar yo para ente-

rarme de si faltaba algo, me pidió, en tono suplicante, que le regalara un armario de luna. Se lo prometí y la dejé agazapada sobre una tapiz de Djebel-Amur, fumando un cigarrillo y charlando con la vieja árabe que debía servirla, como si se conocieran de toda la vida.

II

Durante un mes fui muy feliz con ella y me encapriché por aquella mujer de otra raza, que casi me parecía de otra especie, como si hubiese nacido en un planeta vecino.

No la amaba, porque no puede amarse á las hijas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, ni aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, no se abre nunca la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón harto rudimentario, una sensibilidad demasiado poco afinada para despertar en nuestras almas la exaltación sentimental que es la poesía del amor. Rada intelectual, ninguna embriaguez del pensamiento se mezcla á la embriaguez sensual que provocan en nosotros esos seres encantadores y nulos.

*Miss Harriet—8*